

carrillos por parte de varias amigas y conocidas suyas habiendo sido no pocas ocasiones el blanco de más ó menos inocentes burlas que la excitaban haciéndola concebir locas y nunca realizadas ilusiones.

Como contraste sin embargo á esta faz de su carácter, presentó siempre según dijimos, un gran fondo de pudor y honradez unido á una viril energía que la acompañaba en todos los actos de su vida. Cuéntase en efecto que con motivo de vivir con una hermana suya, casada con un rico hacendado, la Srta. Ignacia iba y venía sola de una á otra finca de campo, revisaba los trabajos, cuidaba á los peones y hacía en una palabra los oficios que pudiera hacer un administrador ó un mayordomo.

Cuando empezó la guerra de tres años, nuestra biografiada afilióse desde luego y con gran entusiasmo en el partido liberal, y si bien por entonces no tomó el participio tan directo que se le vió tomar después en los sucesos de la guerra, fué durante ese largo y azaroso período el corresponsal y agente de los *puros* en la ciudad de Guadalajara, arriesgando en esta empresa no pocas veces su libertad, y esponiéndose á las persecuciones del partido del clero que la vigilaba constantemente, conociendo como conocía sus ideas políticas y la viril decisión de su carácter.

Triunfó al fin la reforma y la Srta. Riechy cultivó la amistad de casi todos los liberales distinguidos de Guadalajara y aun de todo el Estado de Jalisco, volviendo á verse entonces en ella á la mujer romántica é idealista que en la exaltación de sus ideas había de ser capaz como lo fué más tarde de llegar hasta el sacrificio por ellas. En efecto, asomaron en el cielo de nuestra patria los primeros nubarrones que anunciaban para más tarde la furiosa tempestad de la invasión extranjera, y desde entonces empezó á acariciar la Srta. Riechy la idea de salir á batirse ella personalmente con el enemigo; según nos refiere una de las personas á quien debemos la mayor parte de los datos de este artículo, el Sr. Refugio González, él fué uno de los primeros que procuró disuadirla de su empeño haciéndole ver que dado su sexo, era mucho mejor se dedicara luego la ocasión á prestar los preciosos auxilios de la mujer, ya curando á los enfermos y heridos, ya trabajando de otra manera, pero siempre dentro de las exigencias de su condición femenina.

Mientras tanto los sucesos habían tomado un desarrollo de siniestro agüero para México, pues decidida la invasión á título de *intervención amistosa* por el tratado de Londres, una escuadra francesa, inglesa y española se dirigían hacia nuestras playas, y á fines de

1861 desembarcaban y ocupaban militarmente las fuerzas españolas á Veracruz.

Muy conocida es por lo demás esta parte de nuestra Historia para que nos detengamos demasiado en referirla; sábase en efecto que después de operado el desembarque de las fuerzas de las tres potencias aliadas, el Gral. Prim, Conde de Reus y Marqués de los Castillejos, como jefe de la expedición, entró en negociaciones con el gobierno republicano á cuyo frente se encontraba el benemérito Sr. Juárez. Este nombró como su plenipotenciario al Sr. Manuel Doblado, ministro entonces de Relaciones Exteriores, y después de algunas conferencias en el desde entonces histórico pueblo de la Soledad, quedaban ultimados los célebres tratados que llevan en la Historia el nombre del mencionado pueblo.

A consecuencia de esos tratados se decidió que se retiraran las fuerzas aliadas, como en efecto lo verificaron las españolas é inglesas, quedando sólo el contingente francés por decisión del ebrio Saligny, quien no dudó en echar una imborrable mancha sobre el gobierno del patizambo Bonaparte; de acuerdo con esto, permaneciendo en el país y tomando una actitud ofensiva á pesar de los referidos tratados y de los compromisos adquiridos por ellos; manifestando con cinismo inaudito que nada valían las firmas puestas en los convenios y que Napoleón III estaba dispuesto á seguir adelante en su empresa.

El proceso de estos acontecimientos seguía con ansia en toda la República y en el Estado de Jalisco aprestábanse los patriotas á la lucha. Ya desde un principio la Srta. Riechy se había dirigido personalmente al Gobernador del Estado pidiéndolo permiso para formar un batallón de mujeres que saliera á combatir con el invasor, y el Gobernador tuvo muchos trabajos para disuadir por el pronto á nuestra biografiada de su idea. En una larga conversación con ella, la instó á que organizara mejores juntas de caridad y asociaciones de señoras para el socorro de los heridos y para el arbitramiento de toda clase de recursos para la campaña, y por fin de esa conferencia, quedó convencida la Srta. Riechy y salió de allí resuelta á organizar esas juntas y ser el alma de ella.

Empezó desde luego sus trabajos con buen éxito; pero un incidente al parecer insignificante vino á dar al traste con el propósito de la Srta. Riechy: reunida mucha parte de la mejor sociedad de Guadalajara, hubo sin embargo entre las señoras y señoritas que asistieron á la junta, una pobre cómica que con la mejor buena fe y animada de los más nobles sentimientos iba á prestar su contingente en esa

obra de ternura y santo patriotismo; las preocupaciones sociales imposibles de evitaren una sociedad dominada, como la mexicana en general, por el clero, y adquiridas por educación y por herencia, hicieron que buena parte de las señoras y señoritas que concurren al principio se retiraran al ver á la pobre actriz, y fracasó por consiguiente el proyecto de la junta de señoras.

Entonces fué cuando la Srta. Riechy volvió con mayor decisión á su antigua idea de salir á la campaña á batirse con el invasor, de la cual idea aun quisieron disuadirla sus numerosos amigos; en esta vez sin embargo, su resolución estaba ya tomada y como era irrevocable, cesaron de aconsejarle en tal sentido. Ya decidida se dirigió á la casa de su amigo el General Refugio González con el objeto de que le hicieran un traje de hombre y con ocasión de tomarle medida pudo verse una de las facetas del carácter de la Srta. Riechy; fué en efecto tal su mortificación y su rubor, que aun ya se estaba arrepintiendo de su empeño y decía después, que más le había mortificado y apenado esa toma de medidas, que encontrarse frente al enemigo oyendo silbar las balas á su lado.

Por fin se arregló el traje de hombre regalo del Gral. González, y el famoso coronel R. jas le regaló unas botas así como un señor de Guadalajara D. Ignacio de la Torre le regaló la pistola; con estos arreos viriles y decidida á salir á la campaña, partió de Guadalajara, incorporándose á las fuerzas que debían unirse con el Ejército de Oriente para esperar el ataque del invasor.

Llegada á donde estaba el pequeño ejército mandado por el invicto General Zaragoza, que dó incorporada la heroína en el Estado Mayor del General D. José María Arteaga, con el carácter de ayudante; asistió ya con tal carácter al encuentro de las Cumbres, donde fué herido aquel valiente jefe republicano, y se portó allí con extraordinario valor; pero al fin fué hecha prisionera y conducida á Orizaba, donde los franceses le hicieron sufrir toda clase de molestias y vejaciones. No se sabe si puesta en libertad ó más bien escapada de su prisión, pudo al fin salir de ella después de largo tiempo de cautiverio y sufrimientos; pero el hecho es que volvió á Guadalajara después de pasado más de un año de haber salido de esta ciudad, enferma, consumida y hecha casi un esqueleto; entonces contó á sus amistades que en la prisión la habían envenenado.

Empero tantas penalidades, no disminuyeron en un ápice su santo entusiasmo por servir á su patria, y después de haberse curado en

toda forma y de haber recuperado casi totalmente su perdida salud, decidió volver á salir á la campaña.

Ya entonces el invasor se había posesionado de la Capital y las fuerzas patriotas se habían diseminado; no quedaba realmente otro contingente serio de fuerzas al Gobierno que la división del Centro al mando del General Uruga, que operaba en esos momentos por el sur de Jalisco, y allí se dirigió llena de bríos nuestra heroína. Encontróse en los múltiples encuentros que tuvieron entonces las diversas fracciones de esa división con las tropas enemigas, y aun una vez pagó con creces el regalo de las botas que le había hecho Rojas, salvándole la vida en una sublevación que tuvieron sus hombres y que contuvo la Srta. Riechy debido á su energía y al valor y decisión con que apaciguó á aquellas masas insubordinadas.

Los acontecimientos mientras tanto se habían precipitado con espantosa rapidez haciendo perder toda esperanza hasta á los más animosos defensores de la autonomía de México. El general Uruga había en efecto defecionado arrastrando en su traición á muchos, hasta entonces fieles servidores, y pretendiendo envolver en ella al ejército entero. Buena parte de él pudo sin embargo salvarse debido al patriotismo del general Arteaga, y siguió luchando en el sur de Jalisco y en territorio de Michoacán.

Nuestra heroína siempre infatigable, siguió al ejército del general Arteaga, sucediendo muchas veces que primero se batía como un león á la hora del combate, y se ponía á curar á los heridos como una hermana de la caridad, después de concluida la batalla. El jefe conservador Ramón Méndez que después fué fusilado en Querétaro, empezó mientras tanto á hacerse célebre por su activa persecución á los contingentes liberales y por la crueldad con que se manejaba casi siempre. Coinciden casi entonces la famosa ley del 3 de octubre de 1865 expedida por Maximiliano y la derrota y prisión de Arteaga, Salazar y algunos otros caudillos de la causa nacional, y todos sabemos cuál fué el epílogo de aquella prisión y de aquella derrota: los prisioneros, conforme á la famosa ley ya dicha y de acuerdo con las inclinaciones de Méndez, fueron fusilados en Uruapan y esa hecatombe encontró más tarde su eco en el Cerro de las Campanas.

Perseguidas, diseminadas, casi reducidas á la impotencia las fuerzas liberales que debieron su conservación y su persistencia á la heroica constancia del General Nicolás Régules, andaban divididas en pequeñas fracciones por dis-

tintos puntos del territorio, y algunos de estos grupos errantes fueron á dar á San Juan Zitácuaro. En uno de aquellos grupos iba nuestra heroína, siempre enérgica y animosa aunque gravemente herida en sus más íntimos afectos de amor patrio, después del sangriento episodio de Uruapan.

Estaba sin embargo dispuesta siempre á derramar hasta la última gota de su sangre por el país que la vio nacer, cuando otra circunstancia al parecer insignificante, pero que en los caracteres delicados y sensibles y en los temperamentos nerviosos puede adquirir por cualquier motivo grande importancia, acabó con una existencia que se había consagrado por completo á la patria adquiriendo indisputables derechos á la inmortalidad.

Hallábase como decíamos nuestra heroína en San Juan Zitácuaro, y en la posada donde ella estaba, se encontraban varios otros dispersos del ejército liberal. Entre éstos había uno llamado Gómez Humarán, que estaba platicando en la fonda de la posada con otros amigos á la vez que la Srita. Riechy se hallaba allí comiendo; al verla Gómez Humarán empezó á decir en alta voz chascarrillos á propósito del sexo de la heroína, burlándose de la conducta de ésta y haciendo notar que era más propio que se hubiese quedado en su casa haciendo hilas, ó cosiendo ó empleando su tiempo en las demás faenas del hogar, y tanto dijo aunque siempre en tono de fisa, que la Srita. Riechy, profundamente herida por aquellas palabras de un compañero y correligionario, en el colmo de la exaltación tiró los platos

al suelo, y sin decir una palabra salió de la fonda.

No había pasado mucho tiempo cuando se oyó un tiro y á su ruido acudieron varias personas á averiguar qué había sucedido; el espectáculo que se presentó entonces á los ojos de los curiosos fué horrible: la Srita. Riechy yacía muerta en el suelo en medio de un lago de sangre, habiéndose privado de la existencia momentos antes por medio de un pistoletazo. . . .

Así concluyó esta heroica mujer. Su sensibilidad exquisita y los golpes morales que había sufrido, la tenían indudablemente predispuesta á concluir con su vida; mas el acendrado amor que le tenía á su patria la sostenía siempre, después de haber hecho inmensos sacrificios por ella; pero sus quebrantados afectos se vieron de repente heridos de muerte por las burlas de su compañero de infortunios y entonces no pudiendo sufrir más, se privó de la existencia que habían respetado hasta entonces las balas de los enemigos. La Srita. Riechy cuando murió era mujer de una edad relativamente avanzada, pues contaba aproximadamente cincuenta años; pero hubiera podido, vivir much-s más, pues su complexión aunque nerviosa era muy robusta. Al morir para la vida material, nació empero para la gloria y hoy su nombre se ve respetado y bendecido por todos los buenos hijos de México.

Nosotros en estas cuantas líneas le consagramos un merecido recuerdo exclamando desde lo íntimo de nuestro corazón: "Gloria á la heroína."

E. M. DE LOS RÍOS.

CARLOS SALAZAR.

1829—1865

HARAPIENTA, demacrada y muerta de hambre la hermana que le sobrevivía, vagaba calle arriba y calle abajo por la Merced, sin que alguien le diera de caridad ni un rincón cual quiera para dormir. A la infeliz, puestas en fuga sus esperanzas por la mala suerte que iba tras ella, la había impulsado un último recurso á que su marido mendigase un empleo de puerta en puerta de los que consideraba sus parientes. Un día, después de llamar mucho á otras, le abrieron la de Don Luis Salazar, sobrino del General; pero no volvió por segun-

da vez, á pesar de salir á su encuentro la esperanza. La muerte, quizás al ver á los esposos extenuados de hambre y frío, quiso que descanaran y se apresuró á abrirles de par en par sus lóbregas puertas. Del frondoso árbol genealógico, que la fatalidad ha ido podando con saña implacable, no quedan sino ramas lejanas, casi inertes, sin la sabia del tronco. Hasta un renuevo, su hija Carlota, no vive ya. Ni recuerdos hay del capitán Benito Salazar, un íntegro empleado de la Aduana de Matamoros, padre de Carlos.

Doña Tecla Peciado cuenta que nació el

valiente republicano en Matamoros, Tamulipas, por el año de 1829, pues que de la misma edad era ella. El muchacho parecía el mismísimo demonio por sus peligrosas travesuras — "Cree usted, me decía la señora, que de mi lagro vivía, porque una vez en el puerto le tiró de la cola al caballo del capitán y le dió una coza en la frente, que se la abrió. Toda la vida le duró la cicatriz."

De ocho años vino á México y lo pusieron en una escuela particular y católica, porque sus padres, y más Don Benito que su madre la Sra. Merced Ruiz de Castañeda, eran amantes que todo católicos y devotos. Primero que nada, Carlos debía de aprender el Ripalda, para que pudiese lograr la gracia de rodillas en el confesionario; á renglón seguido vendrían como muy secundarias un poco de Gramática, las cuatro reglas de la Aritmética y las otras materias que por encima constituían la instrucción primaria en aquella época.

Realizando su sueño dorado, porque desde pequeño fué de su agrado la milicia, entró al Colegio Militar. Miramón y Leandro Valle estudiaron con él y fueron condiscípulos y buenos amigos. La identidad de ideas políticas y religiosas de Miramón y él, dejaban pronosticar que juntos andarían la misma senda al entrar á la vida pública. El pronóstico tenía fundamento: Carlos, ya de edad en que los años dan ideas propias y fijas, qué capaz que un domingo dejara de oír misa, y qué capaz que tuviera cubierta la cabeza al tropezar en la calle con un sacerdote: era heregía y bastante pecado para ir al infierno.

El año de 1847, días antes de la batalla de Churubusco, y de cédete en el Colegio Militar, pidió permiso y lo obtuvo para luchar contra los Norte-americanos bajo las órdenes de Don Leonardo Márquez, el célebre general conservador y más tarde famoso imperialista. Con tal arrojo peió, porque arrojo más que valor era y fué siempre el suyo, originado por su mucho patriotismo, que fué herido de una pierna. Lo levantaron del campo de batalla al día siguiente de librada. Esto le valió una medalla y el ascenso á subteniente.

Durante el belicoso y despótico gobierno de Santa-Anna, el honrado de Herrera y Arista y el efímero de Don Juan Bautista Ceballos y Lombardini, no demostró con sus actos de militar, si bien tenía un grado inferior, ni la menor señal de su republicanismismo y liberalismo que andando los sucesos lo hicieron simpático y le allegaron numerosos partidarios, haciéndole figurar de jefe de una gran fracción de Michoacán. Por este tiempo pasaba por beato rematado que arrastraba espada por debajo de la capa abrazada. Sabían sus parien-

tes, quienes le llamaban el *Chino*, y nunca por su nombre, que vivía con ellos en la casa número 4 de la calle de San Ramón, que no había viernes ni día primero de mes sin ver á la Virgen de la Soledad y oír misa para sola ella. En medio de su religiosidad resultaba una inclinación en él: odio al despotismo, emanara de donde emanase. Tal vez esto fué causa de que yendo en fila cerrada al Sur para combatir el plan de Ayutla y siendo derrotado, hizo suyas con entusiasmo, como segundo ayudante del primer batallón activo de Querétaro, todas las ideas imbíbidas en el plan y tuvo mayores bríos para sostenerlas sin ser presa del desaliento, no obstante las dificultades que parecían insuperables á sus sostenedores. Victorioso el plan de Ayutla, por el que peleó desde la toma de Nusco hasta la llegada de Comonfort y Alvarez á Cuernavaca, era por sus méritos militares Comandante del Cuerpo de Tehuantepec.

Parte de la guerra de tres años tuvo en México la comisión del partido republicano, unido á los Sres. Anastasio Zerecero, Julián Herrera, Coronel Jesús Ocampo y Doña Luciana Baz, de proveer de recursos á las tropas liberales que atacaban los principios reaccionarios. La desempeñó con éxito á pesar de los peligros de que estaba rodeado. Un día lo sorprendió el mismo Miramón en persona en junta secreta con otros liberales en una casa por una de las calles del Reloj. — "Conque conspiras? Ahora no me lo negarás!" — le dijo Miramón encarándosele. — "Estamos en plática pacífica de amigos." — "Conque en plática, eh? y todos ustedes liberales y á puertas cerradas. Estás preso por ahora." Y mientras Miramón se interiorizaba de la casa, Salazar subió en un coche que aguardaba á la puerta; y andando calles largo tiempo sin rumbo, el cochero quiso al fin saber á dónde conducía al que se había subido precipitadamente y se encontró con que ya nadie iba adentro. Salazar, corriendo el vehículo, se había apeado, no pudiendo el abuelo de Lagarde dar con él, y fué á incorporarse en Tlalpam al coronel Ramón Reguera (padre). La ciudadana Doña Luciana Baz quedó con las otras personas desempeñando la comisión aquella. La inquietaba el paradero de Salazar: si tendría mal fin; los retrógrados eran capaces de todo, aun de cazarlo en poblado. Admiraba su valor y su persona. Solía decir á la Sra. Tecla Peciado, al volver las espaldas Salazar: — "Tecla, qué cuerpo el de Carlos!" Para ella no existía otro mejor formado en el mundo: todo bien hecho, en admirables proporciones; era gordo, pero no obeso, ni eran flojas las carnes; bien parado; limpia de arrugas la frente; riza-

do el cabello; la barba le cubría toda la mandíbula inferior; un bigotito negro que tiraba á bozo; las cejas de alita de golondrina; la mirada medio bizca y por sobre todo su marcialidad; ¡qué porte á la cabeza de sus soldados! Radiata su alegría y no le importaban las circunstancias para manifestarla. Mas cuando se le despertaba el enojo, desconocía al mundo entero, olvidaba el tuteamiento de sus íntimos y al hablarles les decía con otra voz: señor, señora. Tenía el rostro encendido y era capaz de sacarle astillas á una mesa de un puñetazo. Hecho del Poder el partido liberal, tenía el grado de Teniente Coronel del Batallón Moctezuma, que al mando del Coronel Jesús Díaz de León guarnecía la Capital de la República. Después el Moctezuma pasó á ser uno solo anido al Batallón Rifleros de San Luis. Con él, desempeñando el grado de Teniente Coronel, el 20 de Diciembre de 1861 concurre á la batalla que tuvo lugar entre Pachuca y el Mineral del Monte. Allí se hizo acreedor á la condecoración especial que decretó el Supremo Gobierno. Al poco tiempo marchaba con el mismo cuerpo y los de Zapadores y Reforma, que formaban la descubierta del Ejército, á la Soledad, Estado de Veracruz, para resistir á las fuerzas de las tres potencias extranjeras que empezaban á invadir el territorio nacional.

Verificados los tratados de la Soledad, partió con el Batallón Rifleros de San Luis al Monte de las Cruces para combatir á Buitrón y á los otros reaccionarios que acababan de asesinar á Ocampo, Degollado y Leandro Valle. Al fin de esta campaña que terminó con buen éxito, se dirigió á Puebla y allí peleó heroicamente contra los franceses el 5 de Mayo de 1862, y mereció y obtuvo por tan brillante hecho de armas el ascenso de Coronel y Jefe del cuerpo mencionado. Después tomó participo directo en la defensa de Puebla, que tenían sitiada los soldados de Napoleón III. Por desgracia cayó en poder de los invasores, pero logró fugarse de la cárcel y se incorporó pasados algunos días al Gobierno legítimo que permanecía en México.

Cuando Juárez, como Presidente de la República, fué á San Luis Potosí, lo acompañó, siendo Jefe militar de la zona que comprendía Río Verde, Valle de Valles, San Ciro y otros puntos de la Sierra que había precisión de tener en extremo vigilados. Aprovechó todos los elementos que pudo encontrar, reorganizó su cuerpo, lo instruyó, lo equipó y le dió el ejemplo de acatar la Ordenanza. A varios jefes comisionó para que emprendieran formal campaña contra las guerrillas de traidores que merodeaban por pequeñas poblaciones y ha-

ciendas cometiendo robos y asesinatos. Más tarde, por acuerdo del Supremo Gobierno, pasó con el Batallón Rifleros de San Luis y á las órdenes del General José López Uruga, al Estado de Michoacán. En Morelia, defendida por el General Leonardo Márquez, al dar el asalto el 18 de Diciembre de 1862, la fortuna le fué adversa, pero no perdió el valor, ni con una herida que le atravesó el pecho, ni ante los peligros de muerte sin cuento que le rodearon durante la batalla, al grado de matar las balas enemigas uno tras otro dos caballos que montaba. Al retirar sus tropas, lo hizo él en camilla hasta Santa Clara del Cobre, donde sin embargo de sus graves lesiones no cesó de seguir reorganizando las fuerzas que debían continuar combatiendo al ejército invasor. Rasgos semejantes de valor tuvo en otros días. El año de 1859, estando el General Aureliano Rivera en Tlalpan, quince ó veinte de sus oficiales, á la cabeza Salazar, como comandante de batallón, hicieron formal promesa de llegar á las garitas de Chapultepec, donde estaba el enemigo y hacerle á quemarropa fuego con pistola. Llegaron á Tacubaya, y en la cantina de la Sra. Mariquita Becerril, un tal Palomo y un tal Reguera, oficiales ambos que se guardaban profundo encono, hicieron en alta voz alarde de temeridad tomando la vanguardia. Cerca de las trincheras cayó herido Palomo, y Arteaga que hacía de corneta, al ver el inminente peligro que corrían, tocó retirada, quitándole de los labios y de la mano la corneta una astilla que sacó de un árbol una bala; entonces volvió en medio del fuego, graneado á recoger á Palomo, lo montó en su caballo y lo puso á salvo. En estos trances la amistad más que el deber le obligaban. Así en los Reyes, cuando fortuitamente, sin saberlo él del pronto, el General Porfirio Balderrain mató al Mayor Guerrero de su Estado Mayor, loco de ira é indignación se trasladó al lugar del suceso, y agarrando de la cintura al homicida, le azotó contra la pared y quiso matarlo á taconazos. Tal manera de ser no quiere decir que Salazar fuese de mala índole; muy por el contrario, buenos sentimientos le animaban y lo mostró siempre con palabras y hechos. ¡Qué soldado de la Reforma y la Intervención y el Imperio no recuerda el haber visto llorar á Pueblita en las peroraciones de Salazar! No de su gran cabeza, sino de su corazón le salía lo que hablaba.

Después de la honrosa retirada de Morelia, sin darle las espaldas al enemigo, y sano ya de su herida, se dirigió á Uruapan y luego á Santa Clara, cuya plaza tomó á viva fuerza á los traidores.

En la Villa de los Reyes, Michoacán, rechazó á los franceses y los traidores que le asaltaron y los puso en precipitada fuga.

En los primeros días de Abril de 1865 fueron reducidas á prisión, por orden del General Ramón Méndez, las familias de Salazar (era ya general), Arteaga, Pueblita y el Coronel Jesús Ocanipo. Estuvieron incomunicadas bajo la custodia de franceses, hasta que unos comerciantes, dolidos del martirio á que las habían sujetado durante dos meses y un día, se constituyeron sus fiadores, logrando por este medio se les dejase por cárcel la ciudad de Morelia. El único objeto de tal conducta inquisitorial era el hacer que los jefes de las dichas familias se sometieran sin peros al llamado Imperio; mas nada pudo lograr Méndez, porque en aumento el desinterés y la abnegación de aquellos meritísimos ciudadanos, trabajaron con inquebrantables esfuerzos en difundir el amor á la patria entre las tropas mexicanas que sabían todo el mal que les venía con un gobierno que no fuera propio ni de forma representativa popular.

Arteaga y Salazar aparecían en discordia ante los republicanos que los acompañaban, haciendo la campaña contra el Imperio en Michoacán; pero el origen era el distinto punto de vista bajo el cual apreciaban los sucesos políticos de las zonas que dominaban.

Pronto se borró esa discordia, sin dejar huella de su paso por esos dos grandes corazones henchidos de patriotismo. El 16 de Septiembre de 1865 vibraban acordes como si dieran vida á un mismo cuerpo, sintiendo y pensando idénticamente. Esa fecha la celebraron en Tacámbaro de Codallos, especie de arsenal de la República en aquella triste época. El Coronel Justo Mendoza, secretario del Cuartel General del Ejército Republicano del Centro, pronunció un soberbio discurso y lo escucharon el General en Jefe Arteaga, el Cuartel Maestre Salazar, el Estado Mayor, los jefes y oficiales y un resto vagabundo y simpático de fieles empleados de diversos ramos de la administración pública. Fué aquella una fiesta oficial que reanimó los espíritus que hacían vivir la República por Michoacán. De allí salieron las fuerzas en vías de organización. Los traidores y los republicanos tenían prisioneros, y los primeros gestionaban con empeño sus canges; pero no había podido efectuarse por las ventajas que querían. Los jefes de uno y otro partido se cartearon, partiendo la solicitud de los traidores y jefes extranjeros. El General Noix menudeaba su correspondencia con Salazar; exigía más de un soldado suyo por un mexicano, y Salazar le contestaba que en ninguna parte y en ningún

tiempo podía ser más un extranjero que un mexicano. "Acepto el cange—dicen que escribía al General Noix—pero cabeza por cabeza, porque no puede ser un extranjero más que cualquier mexicano."

El General en Jefe José María Arteaga pasó revista á las tropas en las llanuras de la Magdalena el 4 de Octubre. Llegaban á tres mil quinientos hombres, sin contar los destacamentos de Zitácuaro, Huétamo y Tacámbaro. Había tres divisiones.

A la una de la tarde del 9, Arteaga, con las brigadas Díaz, Villagómez y Villada, siendo el Cuartel Maestre Salazar, partió á Tacámbaro, porque hubo noticias de que Méndez llegaba con mil quinientos hombres. Ya el General Vicente Riva Palacio había salido hácia Morelia con mil hombres, y otras dos secciones por otros rumbos. En el camino el Coronel Trinidad Villagómez tiroteaba á la vanguardia del enemigo. La retaguardia la cubría el Teniente Coronel Julián Solano con cien hombres. El mal camino y la tormenta, la noche del 10, no fueron obstáculo para que llegasen á Tacámbaro. Iban á tomar el rancho, el 12, cuando corrió la voz de que se acercaba el enemigo y levantaron violentamente el campo y prosiguieron su marcha; pero para Santa Ana Amatlán, donde llegaron el 13. Arteaga ordenó descanso, confiado en que Solano con treinta exploradores estaba en observación de Méndez frente á Tancítaro y que Pedro Tapia con otros treinta vigilaba sobre la colina de la entrada del pueblo la cuesta que tiene como siete leguas de camino y por la cual debía necesariamente pasar el enemigo. Durante la travesía, Arteaga había estado recibiendo partes de Solano en que noticiaba que Méndez no se movía de Tacámbaro. En esta seguridad, la infantería puso en pabellón sus armas y los treinta hombres de caballería desensillaron y fueron á dar agua al río á la caballada.

Ese mismo día en la mañana, de camino Méndez para Santa Ana Amatlán, vió las huellas de la tropa republicana y exclamó: "Adelanté, muchachos; el que agarre á Arteaga y Salazar tiene una talega de pesos."

Amado Rangel con cien hombres y entrándole por la cañada sorprendió, á las once del día, á la tropa republicana. Los únicos que hicieron resistencia fueron algunos soldados y jefes del Cuartel Maestre. El resto de la fuerza, con los otros jefes y Arteaga, se encontraban presos en un portalito de la plaza y desarmados y bien custodiados. Mientras, Salazar y su Estado Mayor se batían, sitiados en su alojamiento. Platicando Rangel con Arteaga, llegó un soldado de los imperialistas y